

# LA PRIMERA NAVIDAD EN AMÉRICA

Por José Tomás Cabot



El día de Navidad de 1492 la nave Santa María, en la que navegaba Colón, encalló frente a la isla de Haití o «La Española», y algunos de sus tripulantes se quedaron en la isla, donde construyeron un fortín

llamado «Navidad». Al regresar Colón unos meses después, encontró el fortín quemado y los españoles muertos. Las causas del hecho, inmortalizado en estos bojes de las «Décadas» de Herrera, nunca se supieron...

**C**omo es sabido, Colón con la Santa María, la Pinta y la Niña, partió de Palos el 3 de agosto de 1492 y no regresó a España hasta el mes de marzo del año siguiente. Colón y sus hombres pasaron, pues, la Navidad de 1492 en América. Este 25 de diciembre fue para ellos un día singular, accidentado y misterioso. Las consecuencias de lo que entonces ocurrió —que fue un aviso del cielo según Colón y un desastre lleno de malos augurios para los otros marineros— habrían de pesar decisivamente en la conciencia y en el destino del Descubridor.

Las carabelas Pinta y Niña y la nao Santa María avistaron y tocaron por primera vez tierra americana el 12 de octubre. Colón creía haber alcanzado el objetivo de su viaje: las primeras islas asiáticas cercanas al Cipango y al Catay citados por Marco Polo. Ignoraba que se hallaba en un nuevo continente interpuesto entre el Atlántico y otro gran océano desconocido —el Pacífico—, al que habría que cruzar para llegar verdaderamente a Asia. De Guanahaní, que Colón llamó «San Salvador», los españoles pasaron a otras pequeñas islas del llamado hoy archipiélago de las Bahamas, luego a la mayor de las Antillas, la actual Cuba, que el Almirante llamó «Juana» en honor del primogénito de los Reyes Católicos, y finalmente a la isla que hoy comparten dos naciones, Haití al Oeste y la República Dominicana al Este, que Colón denominó «La Española».

Era ya el mes de diciembre. Pero en el trópico no se sienten los efectos del frío invernal y Colón se extasió ante aquella naturaleza plébrica de vida y ante aquellos indígenas desnudos, tímidos y generosos. Cuenta en su carta a Santángel, destinada en último término a los Reyes Católicos: «... Vi otra isla al Oriente, distante de ésta dieciocho leguas, a la cual luego puse el nombre de 'La Española'. Y fui allí... Las tierras de ella son altas.. todas hermosísimas... y llenas de árboles de mil maneras, altos, y parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que no pierden la hoja,... los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España... Y cantaba el ruisañor y otros pajaricos de mil maneras... Hay pinares a maravilla, y hay campiñas grandísimas, y miel, y muchas formas de aves y frutas muy diversas... La gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y tenido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren... Ellos no tie-

nen hierro ni acero ni armas... Son así temerosos sin remedio. Verdad es que, después que se aseguran y pierden este miedo, son tan sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen que no; antes, convidan la persona con ello y muestran tanto amor que darían los corazones...». (Se observará que hemos actualizado la ortografía.)

Martín Alonso Pinzón, al mando de la Pinta, se había separado de las otras dos naves. Colón pensó de momento que lo había hecho con la intención de regresar a España para atribuirse ante los Reyes el mérito del descubrimiento. Pero no fue así. Martín Alonso se le había adelantado simplemente por ansia de aventura y quizá por el deseo de encontrar la «fuente del oro» antes que sus compañeros. Luego volvieron a reunirse... Lo cierto es que el día de Navidad eran la Santa María y la Niña las que navegaban lentamente a la vista de las espléndidas costas dominicanas. El mar estaba tranquilo, como metido en una gran escudilla inmóvil, según la gráfica imagen colombina, y bajo un cielo purísimo, radiante de azul.

No sabemos exactamente lo que ocurrió durante el día. Hubo seguramente celebración y jolgorio. Era la primera vez que se conmemoraba en América el hecho más importante de la Cristiandad. ¿Se emborracharon todos los marineros de la Santa María? Algunos historiadores aceptan esta hipótesis para explicar lo que aconteció después. Pero no es probable que les quedase vino después de tantas semanas de navegación, y en la Antillas no podían encontrarlo. Colón dice simplemente que al terminar el día se acostó porque estaba muy cansado y llevaba varias noches sin conciliar el sueño. Y que en seguida se quedó dormido... Era la medianoche, y justo en aquel momento, un ruido sordo y una fuerte sacudida le volvieron a la realidad.

¿Qué había sucedido? Difícil adivinarlo al punto. La nave estaba inclinada y los marineros corrían como locos por la cubierta. Alguien gritó que la Santa María hacía agua e iba a hundirse. Todos se lanzaron al mar para ganar la costa y salvarse. Incluso Juan de la Cosa, propietario y maestro de la nao, la abandonó con prisa y zozobra, sin arbitrar remedio alguno. El Almirante le siguió al comprender por fin que la nave, dejada a la deriva por descuido del timonel, había encallado en un arrecife y tenía el casco roto.

Algunos náufragos se refugiaron en la Niña, que navegaba muy cerca. Otros consiguieron llegar nadando a la costa. Un improvisado batel salvó la vida de Juan de la Cosa y del mismo Colón. Pronto se supo que, confiando en la quietud de la mar, el timonel había dejado su puesto a un grumete inexperto y que un inesperado golpe de viento había impulsado a la nave cuando casi todos los marineros estaban durmiendo.

### «NUESTRO SEÑOR LO HIZO»

Al despuntar el alba, las dos tripulaciones, la de la Niña y la del buque abandonado, se reunieron en la costa y pidieron consejo al Almirante. Era evidente que tantos marineros no cabían en la exigua nave superviviente y que la Santa María, en trance de hundirse, no podía ser recuperada. Ensimismado, meditando, Colón no decía nada. Recordando sus reflexiones de aquel momento, escribió poco tiempo después: «Nuestro Señor había hecho encallar la nave para que hiciésemos asiento allí».

Asiento, es decir, una población estable, con viviendas, campos de cultivo, animales domésticos, leyes y autoridades. El primer poblado español en América. Acaso Dios lo había dispuesto así para apresurar los trámites de la evangelización y conversión de los infieles.

—Antes de que se hunda, recoged de la Santa María todo lo que pueda servir —ordenó el Almirante.

Varios de sus hombres, en las canoas de algunos indios que habían conocido unas semanas antes y que ahora se mostraban afligidos por la desgracia ocurrida a los extranjeros, volvieron a la nao y recuperaron provisiones, utensilios, armas e incluso tablas de madera y telas para construir las primeras empalizadas y ponerse a cubierto.

—La nueva villa se llamará «Navidad» —dijo Colón—, pues se ha originado por causa de un percance ocurrido este día por voluntad del Señor.

La idea de quedarse definitivamente en aquella tierra paradisíaca donde no habrían de faltar frutos silvestres, caza abundante ni mujeres complacientes, seducía a los españoles. «Muchos me habían rogado y hecho rogar que les quisiese dar licencia para quedarse», refirió más tarde el propio Almirante. Escogió a treinta y ocho hombres, los que

consideró más sanos y capaces, y puso al frente de los mismos a un alcaide de confianza, Diego de Arana, pariente de su amante cordobesa Beatriz Enríquez.

Pocos días después decidió regresar a España con Vicente Yáñez Pinzón y los otros tripulantes de la Niña. Estaba impaciente por comunicar a los Reyes las maravillas que había descubierto y los prodigios de que había sido testigo. Según sus propios informes, dejaba abastecida la nueva fundación con víveres y municiones para todo un año. Seguramente exageraba, porque no es probable que se hubiesen podido rescatar de la Santa María provisiones para casi cuarenta hombres y para un período tan largo. Colón debía de confiar en el talento y la industria de éstos y en la ayuda prestada por los indios. Estaba convencido, en fin, de que podrían subsistir por lo menos hasta su vuelta, prevista para dentro de pocos meses.

Mientras en la nueva villa cristiana llamada «Navidad», poblada sólo por hombres, ocurrían cosas que nadie ha sabido jamás, Colón era recibido triunfalmente en Palos,



*Arriba, uno de los muchos retratos inciertos que se atribuyen a Colón. A la derecha, la nao Santa María, reconstruida.*

Sevilla, Córdoba, Murcia, Valencia, Tarra-  
gona y Barcelona, donde los Reyes Católi-  
cos le agasajaron como al más preclaro y  
glorioso de sus generales.

## UN TENEBROSO Y ESCALOFRIANTE ENIGMA

La euforia suscitada por el descubri-  
miento hizo fácil la organización de un se-  
gundo viaje. Y una gran flota, aparejada en  
Sevilla y Cádiz, compuesta por diecisiete  
barcos y mil quinientos tripulantes y pasaje-  
ros, entre los que no faltaban militares,  
médicos, frailes, escribanos, intérpretes y  
hasta un representante del Papa, fray Ber-  
nardo Boyl, se hizo a la mar, en dirección a  
Canarias y a las Antillas, el 25 de sep-  
tiembre de 1493.

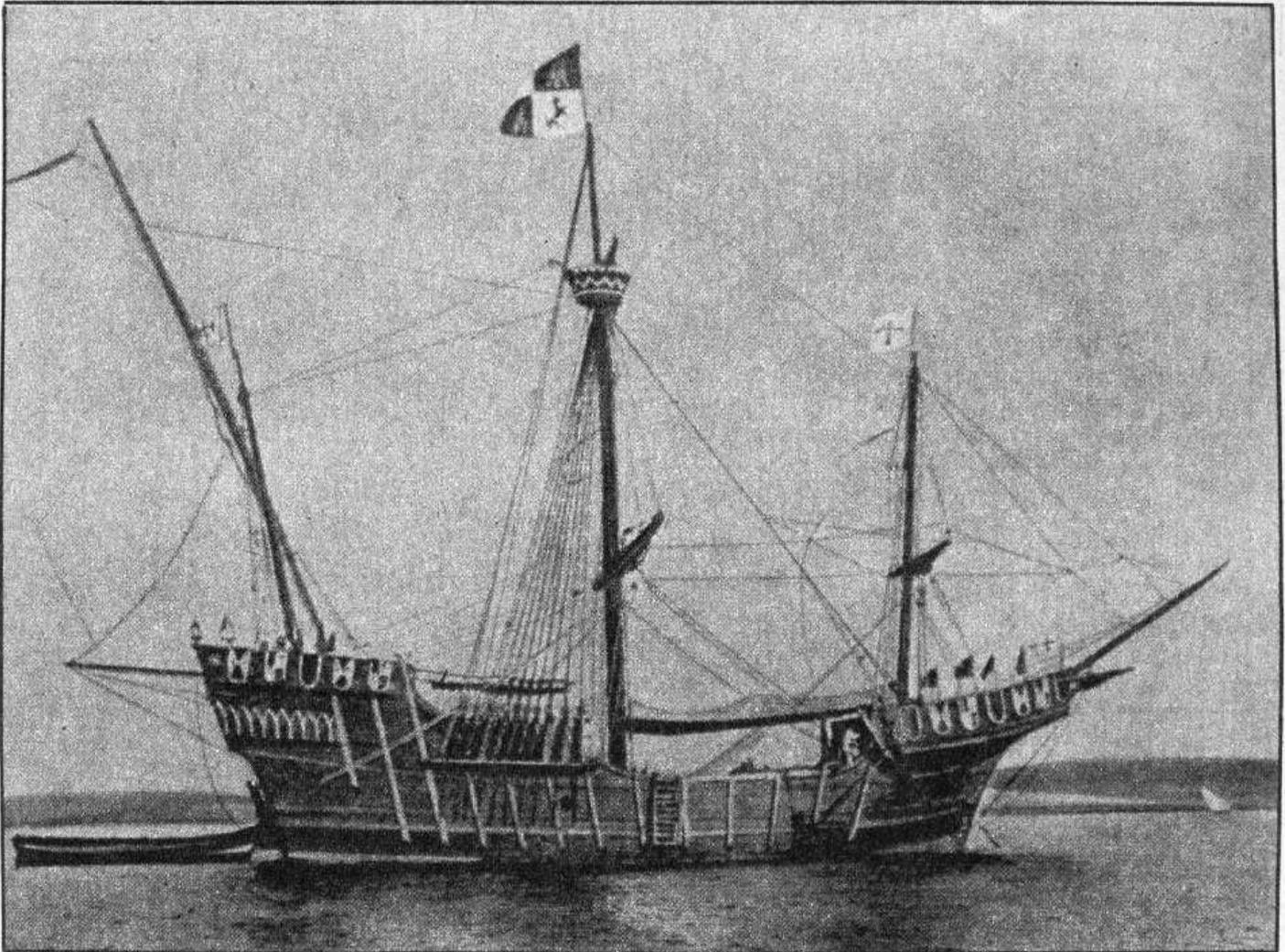
Habiendo tomado esta vez rumbo neto  
hacia el sudoeste, más acorde con la direc-  
ción de los alisios, llegaron antes de lo pre-  
visto, el 3 de noviembre, al nuevo conti-  
nente; pero no a las islas descubiertas an-

tes, sino al arco de las Pequeñas Antillas  
que se extiende desde América del Sur  
hasta Puerto Rico y la Española. Descubie-  
ron las islas que hoy llamamos Dominica,  
María Galante, Guadalupe, Montserrat,  
Puerto Rico... Pero Colón parecía tener prisa  
y sacrificaba todos los objetivos al que pare-  
cía más urgente: llegar a la Española y ver  
que había sido de Villa Navidad.

Esta vez llegaron a la Española desde el  
sur y se encontraron con paisajes y costas  
ignorados. Había que rodear más de media  
isla para arribar a su destino, en la costa  
norte. Una pausa en un puerto natural, que  
Colón denomina «Monte Cristi». ¡Atención!  
Desde aquí se empieza a reconocer el te-  
rreno. Las siluetas montañosas que se dibu-  
jan en el horizonte, se han visto antes. Hay  
tribus cuyos jefes llevan nombres conoci-  
dos. No puede estar lejos Villa Navidad.

—He visto unos cadáveres en la playa  
—informa, preocupado, uno de los hombres  
de Colón—. Se hallan casi descompuestos,  
pero en uno de ellos he creído advertir res-  
tos de una barba oscura.

El Almirante se estremece. ¿Una barba?



Ningún indio tiene barba. Pero entonces, ¿de dónde proceden los cadáveres? ¿Son acaso restos de españoles asesinados, o muertos de hambre, o víctimas de alguna peste...?

—Uno de los cadáveres conserva un nudo corredizo alrededor del cuello.

¡Dios mío! Hay que embarcar inmediatamente y seguir costeando. Villa Navidad no puede estar muy lejos. La flota se pone en marcha. Cincuenta millas más, y por fin aparece el paisaje conocido, con los más mínimos detalles que Colón guarda en su memoria. ¡Es ahí, es ahí!, confirman los viejos marineros. Justo donde quedaron once meses atrás aquellos treinta y ocho españoles abandonados a su destino. Un destino que podía ser glorioso..., pero también funesto. ¿Dónde están ahora? ¿Por qué no responden con sus lombardas a los disparos de saludo desde el mar?

Colón, angustiado, ve como se acerca una canoa de indios. Piden con toscas gesticulaciones ver al Almirante. Se les permite subir al barco. Ellos no saben una palabra de español y Colón no conoce su idioma. Pero la breve convivencia del año anterior les enseñó a entenderse por medio de gestos y palabras sueltas.

—Guacamari no tiene la culpa, nuestro jefe no ha hecho nada...

—Guacamari es mi amigo —reconoce Colón—. El ayudó a mis hombres a construir el fuerte. Pero, ¿qué ha sido de ellos?

—Guacamari no tiene la culpa... Han sido Caonobó y Mayrení, sus enemigos...

—¿Qué han hecho Caonobó y Mayrení?

—Han herido a Guacamari.

—Y a los españoles, ¿qué les ha ocurrido?

Los indios fingen no entender la pregunta. Seguramente tienen miedo, y este miedo les hace parecer audaces. Gesticulan con vehemencia.

—Guacamari no lo ha hecho, él no ha hecho nada...

Colón y sus hombres desembarcan. Avanzan hacia Villa Navidad con el corazón encogido. Donde estaban las primeras empalizadas no encuentran más que restos carbonizados, armas y utensilios rotos. Ningún cristiano, ni muerto ni vivo.

—Guacamari no lo ha hecho...

—Quiero ver a Guacamari.

—Guacamari está herido.

—Llévame a su presencia.

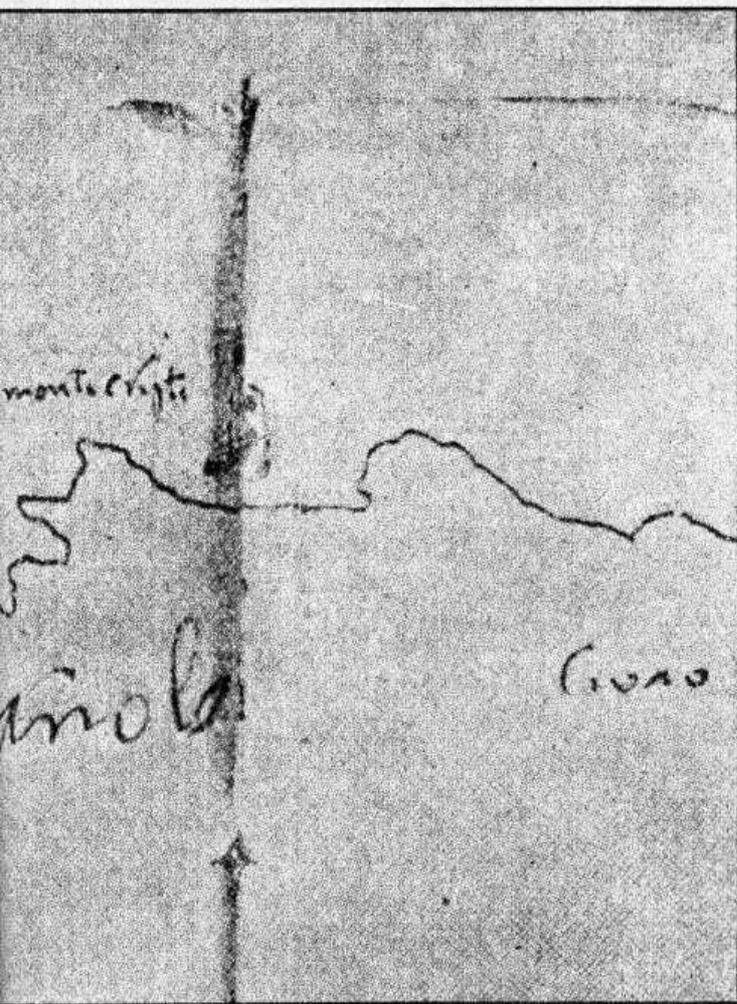
Colón encuentra al jefe indio tendido en la hamaca de su tienda.

—¿Estás herido, Guacamari?

—Sí, mi señor. Estoy herido.

La costa N. de La Española dibujada por Colón, con la mención del fuerte «Natividad». Abajo, toda la isla según un mapa alemán del siglo XIX.





—Mi médico te curará.

Guacamari no quiere mostrar la herida que oculta un cuidadoso vendaje. Colón le obliga a hacerlo y hace llamar a Chanca, médico de la expedición. Este no descubre un solo rasguño, nada que indique una herida reciente.

Colón comprende que ha sido engañado. Guacamari y sus hombres, a los que consideraba amigos, han destruido Villa Navidad y han matado a sus moradores.

—¿Por qué lo habéis hecho?

Guacamari solloza.

—La herida me duele, me duele mucho, señor. Caonobó y Mayrení me hirieron. Ellos destruyeron tu ciudad.

Colón no se decide a actuar. No sabe, nunca sabrá lo que realmente ha ocurrido en Villa Navidad. Tampoco puede enfrentarse ahora, desarmado, a esa multitud de salvajes. Impotente y desolado, regresa a su barco.

Fray Boyl reza una oración por los muertos. Colón se tiende en cubierta, bajo las estrellas, tan enigmáticas como los gestos de Guacamari... Tal vez mañana... Mañana pensaremos algo, mañana resolveremos el problema.

Al día siguiente, ansiosos de venganza, algunos españoles armados se dirigen al cubil de Guacamari. Guacamari ha huido. Ni rastro de su presencia. Apresan a una india vieja que farfulla frases incomprensibles.

—¿Qué ha pasado aquí?

Crean entender algo de lo que dice. Que los extranjeros cogían a las mujeres de Guacamari, las más jóvenes y bellas, y se las llevaban contra su voluntad... Que ellos mismos discutían, tal vez por causa de las mujeres, y se golpeaban y se herían, porque no sabían convivir...

Cuando estas noticias se supieron en España, el crédito de Colón empezó a decrecer. Se le acusó de negligente por haber dejado encallar la Santa María y luego por haber abandonado en aquel mundo extraño y hostil a un grupo de jóvenes españoles, sin suficientes armas ni alimentos. Fue el comienzo de la campaña de desprestigio contra el gran Almirante de la Mar Oceana.

Villa Navidad nunca fue reconstruida. Como si a pesar de su nombre y de las hermosas resonancias que conlleva, pesase sobre ella una maldición de fuego, rencor y muerte, aquella franja costera de la ubérrima Española se quedó ya para siempre desolada y sola, como un gran cadáver junto al mar. □